

LA PRIMAVERA DE LOS PARTIDOS

Oscar Oszlak

Junto con la lenta recuperación de una escena pública, característica de la transición hacia la democracia, renacían los viejos partidos políticos y se creaban muchos más. La activación política de la ciudadanía se manifestaba en cifras elocuentes. El poder de convocatoria de los partidos tradicionales llevó el número de afiliados a récords históricos.

¿Pero qué representaban esos partidos? ¿Qué capacidad tenían para interpretar y convertir en plataformas creíbles y viables, las demandas de la ciudadanía? ¿Estaban en condiciones de aggiornarse, de remozar sus antiguas conducciones y renovar sus liderazgos? ¿Podían contener y canalizar la explosiva agenda que iba acumulando el proceso de redemocratización? ¿Cómo se vincularían con los sindicatos, las organizaciones patronales, los movimientos sociales espontáneos?

Estas eran algunas de las preguntas que me planteaba, al escribir esta nota, durante los esperanzados días en que debatíamos en el ámbito académico, las condiciones de la reinstitucionalización política del país.

Y las estadísticas volvieron a sorprendernos. A la rígida hibernación autoritaria sucedió el deshielo político y las energías aletargadas de la ciudadanía encontraron nuevas formas de expresión. Como otras veces en el pasado, múltiples partidos volvieron a brotar de la tierra arrasada. Dificultosamente al comienzo, y abriendo un ancho cauce más tarde, fueron agrietando el gélido manto con que había sido cubierta durante tanto tiempo la sociedad política argentina. ¿Cómo interpretar esta súbita eclosión primaveral? ¿Que son estos partidos que nacen o renacen en el seno de una sociedad sin práctica política activa? ¿Cómo canalizar por su intermedio las energías creativas de una ciudadanía que renace junto con esos partidos?

Estos apuntes no ofrecen respuestas convencionales. Sólo pretenden contribuir a un debate que debe producirse en esta transición a la democracia y que seguramente planteará -como me propongo hacerlo en esta nota- muchos otros interrogantes. Los partidos políticos son "puentes" tendidos entre la sociedad civil y el estado. Comparten con otras instituciones mediadoras -como los sindicatos o las asociaciones empresarias- la representación de los intereses de la sociedad, pero se diferencian de ellas en que constituyen una vía de acceso legítima al ejercicio del poder político.

Este carácter de "bisagra" entre ciudadanía y gobierno define los atributos fundamentales que los partidos deben desarrollar para constituirse en efectivos instrumentos de canalización de la voluntad popular. Su viabilidad y eficacia dependen centralmente del grado de articulación que logren establecer con sus bases sociales y de la medida en que consigan convertirse en mecanismos idóneos para expresar frente al estado, o desde el estado, las demandas y aspiraciones de la mayorías.

Durante los gobiernos del proceso, los partidos sufrieron duramente los embates del

autoritarismo. El obligado invierno político los redujo a simples entelequias. Cortados sus vínculos con las profundidades de la sociedad y las alturas del estado, se vieron impedidos para actuar como nexo entre demanda social y política pública. De hecho, se convirtieron en meras etiquetas; en lápidas que identificaban más un pasado de luchas enterrado en la memoria colectiva, que un mecanismo vivo de expresión social. Su existencia quedó encamada en las figuras visibles de los viejos líderes, cuya cuestionada representatividad fue a menudo obviada por convocatorias del poder militar para discutir eventuales "salidas institucionales".

La vigencia de los partidos se mantuvo entonces por esta singular combinación de cúpulas relativamente intactas y la memoria de un pasado donde las escasas experiencias democráticas encontraron en aquéllos el único medio para alcanzar el poder. Ello les otorgó una representación virtual que, en el cerrado escenario autoritario, jugaba más en el cálculo político de los actores que en la efectiva "gimnasia" de la lucha partidaria.

Pero un partido sin práctica política es un castillo de arena, un mero sello de goma. Sólo en sociedades que han conseguido rutinizar esa práctica al punto de sustituirla por una máquina eficiente de agregación de demandas sociales, formación de cuadros dirigentes o elaboración de opciones de política, es posible prescindir de una participación activa de esas bases sociales. En tales casos -como ocurre en los Estados Unidos, por ejemplo - los partidos pasan a ser "comités electorales" al servicio de la reproducción de un sistema de dominación política que conserva sus rasgos prominentes intactos, cualquiera sea el partido que acceda al gobierno.

En cambio, en un país donde esa práctica política no se ha institucionalizado, nada puede sustituir a la participación directa de los afiliados. En tal sentido, los partidos tienen ante sí la compleja tarea de establecer y afianzar sus redes de vinculación con las bases, formar una conciencia cívica, "educar al soberano". Al mismo tiempo, deben producir un diagnóstico de los problemas del país en los diversos ámbitos de actividad, interpretando las necesidades sociales y evaluando la significación de los cambios que se han producido en el tejido social. Por último, deben promover la formación de cuadros técnicos, asegurar el funcionamiento de los mecanismos de elección y renovación de sus líderes y actualizar sus discursos y apelaciones a la luz de nuevas realidades. Todo ello debe acometerse en vísperas de una puja electoral que implica no solamente una lucha por obtener las preferencias de la ciudadanía, sino también la decantación de los liderazgos internos y, en varios casos, la propia definición de la identidad y el perfil partidarios.

Estas circunstancias, que muestran las enormes dificultades que deben vencerse simultáneamente, plantean a la vez un crucial interrogante: ¿Qué expresan, en la Argentina de hoy, los partidos políticos? En otra época, los llamados "partidos de vanguardia" eran expresión de cierta postura ideológica estrechamente ligada a intereses clasistas. En nuestro país, este tipo de partidos nunca llegó a tener gran predicamento. Las dos grandes organizaciones partidarias -peronismo y radicalismo- tuvieron siempre una clara composición policlasista, aún cuando mayoritariamente sus miembros se reclutaran entre el proletariado y las clases medias, respectivamente. Sin embargo, estas categorías sociales se han transformado drásticamente en los últimos años. El proletariado industrial se ha reducido considerablemente, habiendo aumentado el sector de trabajadores por cuenta propia. Un extenso segmento de las clases medias se ha pauperizado, al tiempo que aumentó la proletarianización de los sectores profesionales. Violentos cambios en los precios relativos y en la distribución del ingreso han provocado fuertes desplazamientos en el mapa social. Estos cambios estructurales tendrán sin duda

una enorme influencia sobre el carácter de los partidos políticos, sus apelaciones, plataformas y liderazgos.

La experiencia, en tal sentido, es altamente significativa. Cuando comenzó la "primavera" política, los partidos se enfrentaron al problema de incentivar el proceso de afiliación entre una ciudadanía reticente, temerosa y fuertemente escéptica. Pero a medida que comenzaron a definirse los liderazgos internos y a resultar claro que una activa participación partidaria contribuiría a afianzar el proceso de democratización, la ciudadanía decidió acercarse a los partidos. Si bien la cantidad de partidos oficializados superó lo que podría considerarse un "número razonable" para la contienda electoral, los resultados de la afiliación reflejaron un patrón muy peculiar.

Por una parte, quedó confirmado el carácter tradicionalmente faccioso de la sociedad argentina, donde las derechas, los centros y las izquierdas encuentran mil maneras de segmentar las representaciones partidarias, sea por intereses puntuales, adscripciones regionales, personalismos, etc. Por otra, y en cierto modo contradictoriamente, la afiliación se volcó masivamente a los dos grandes partidos. En estos casos pesaron quizás ciertas posturas históricas del peronismo y el radicalismo, manifiestamente inclinadas hacia políticas de tono nacional y popular, que comparte la mayoría del electorado.

Pero más allá de estos factores de identificación común, existen en estos partidos fuertes diferencias en términos de compromisos ideológicos, corporativos, localistas o de clase, que toman imprecisos sus perfiles y, de hecho, trasladan a su interior una amplia gama de conflictos sociales no resueltos. Es decir, la puja intrapartidaria reproduce hasta cierto punto el espectro de enfrentamientos que dividen a la sociedad argentina.

Ello nos plantea una nueva y fundamental pregunta: ¿Existen límites a la heterogeneidad de las bases sociales e intereses de un partido, de modo de preservar su organización democrática interna y su eficacia como instrumento de representación política? Esta pregunta, a su vez, nos remite a una serie de cuestiones más puntuales, aunque no por ello menos significativas. ¿Cuál debe ser el carácter de la relación entre los partidos y las organizaciones sindicales o empresarias? ¿Cómo resguardar la autonomía decisoria de aquéllos sin romper vínculos con éstas? ¿Pueden los partidos llegar a compatibilizar los conflictos intereses regionales existentes y convertirse en una auténtica expresión institucional del federalismo? ¿Es deseable que los partidos canalicen las demandas de los movimientos sociales espontáneos (v.g. inquilinos, vecinos, contribuyentes), constituyéndose en una alternativa al "basismo"? ¿Cómo resolver los clivajes observables en las posiciones de diferentes segmentos de los grandes partidos, frente a otros factores de poder tales como la Iglesia o la corporación militar?

Todas estas cuestiones forman parte de la nutrida agenda que estructura actualmente la actividad de nuestros partidos políticos. Su resolución tendrá obvias repercusiones sobre el curso del proceso de democratización y la conformación del futuro sistema político-institucional. La aceptación de que los conflictos son inevitables y deben ventilarse pública y abiertamente, buscando acuerdos que respeten las formas y contenidos de los principios democráticos, será el único modo de afianzar el proceso de institucionalización política y lograr que esta "primavera de los partidos" conduzca al largo "verano de la democracia".